

CRUZ Y RAYA EN LOS LIBROS

Escribe: **ERNESTO CORTES AHUMADA**

STOKES, Sewell. **Mas allá del Bien y del Mal**; basada en la vida de Oscar Wilde. Buenos Aires, Kraft, 1965 271 p.

“¿Croyez-vous qu'il y ait un rapport entre l'homosexualité et le talent?”

“-Non! L'une et l'autre sont dans le caractère des gens”.

De una entrevista con Truman Capote

“¡Dios Mio! ¿Es que no he pagado bastante caro mi lugar bajo el sol?”

Honoré de Balzac

He aquí una novela que no es una biografía, y he aquí, igualmente una biografía que no es una novela. Es decir, a una especie de centauro literario, cuyo caballo no corresponde rigurosamente a la especie equina, porque tiene una parte humana. Y viceversa. como en la reproducción por simple división de los micro-organismos, que la cabeza y la cola se regeneran mutuamente, en esta obra la **biografía** de Wilde regenera en parte a la **novela** que concibió Sewell Stokes y la narración, a su vez, hace una **búsqueda** (1) de la historia: o mejor aún, de la cronología histórica dentro de la cual se movió el autor de **El Retrato de Dorian Gray**. Mas si a la reproducción micro-orgánica no se le puede, en su nivel, objetar nada, en cambio a **Más allá del Bien y del mal** le podemos reprochar su intento meticuloso de ser novela y biografía al mismo tiempo. Precisamente porque la imparcialidad histórica y la veracidad objetiva perseguida por Stokes cuando **relata** el escándalo en torno al proceso del Old Bailey, aunque le facilitan la sobriedad estilística, le reducen, a la postre, a eludir lo que le podría llamar trascendencia creativa. Stokes va y viene desde la novela hasta la biografía, ciertamente. Estas no son temeridades mías: es que el fenómeno biográfico tiene como base esencial a la historia y, en consecuencia, ostenta una realidad comparable a la **natural**. Así, creo que se podría hablar, so pretexto de este tipo de novela-biografía, de una **cristalización** novelística, en donde, estrictamente pensado, la biografía —como tal— no puede preexistir a título de perfección, esto es, de máximo ingrediente. Y por ello la biografía o la historia no pueden ser el peso **absoluto** de la novela, aún ofreciéndose el ejemplo de los **Episodios Nacionales**, de Galdós y las **Novelas de Tolstoi**: y por eso, claro está, con ellas, con la

historia y la biografía, no pueden ir los novelistas donde pretenden arribar. A fuerza de desear que la novela se convierta en biografía, o al revés, llega a cobrar un falso aspecto de solidez histórica. Pero nada más. ¿Cuál es, si no, en esta obra la estructura histórica —aquella que los lógicos llamarían formal— de la vida auténtica, en su **totalidad**, de Oscar Wilde?

Deseo dejar esto completamente definido. Bien se que nuestra imagen del mundo —la cual no debe confundirse con la visión del mundo, o **Weltanschauung**, usando un término de la sociología alemana— ha cambiado fundamentalmente en los últimos veinte años. Ya hoy nadie se atrevería (2), por ejemplo, a creer en el papel de la materia en cuanto substancia irreductible, concreta. Y, en efecto, si analizamos las producciones filosóficas y literarias contemporáneas, si hurgamos en la conciencia de sus autores, nos hallamos ante el hecho de que la ciencia —para mentar un solo caso— ha influido en forma extraordinaria en la filosofía y en la literatura. Por eso el novelista se ha visto obligado a admitir, y ello debe verse como un impacto de la física cuántica y de la relatividad, que “la contingencia de ser... es perpetua; no cuestión de un hecho aislado inicial” (3). O sea que cada ser, dentro de su propia vida, se encara con un futuro indefinido que depende de cierta combinación de factores de un número ilimitado de posibilidades. No nos preguntemos, pues, por qué ha influido tanto en los escritores de esta segunda mitad del siglo XX la región de lo inconsciente y la “sobra de la irracionalidad”. Sin embargo, mucho me temo que este bucear en las capas subracionales de la vida hay que atribuirlo, ante todo, a la misma naturaleza humana. O, lo que es igual: siempre serán actuales, en la novela o fuera de ella, las preguntas de este calibre: ¿cuál es mi destino?, ¿quién soy?, ¿cómo es mi relación con lo que explica mi existencia? (4). Pero ¿de que modo se hacen en la novela tales preguntas? Pues mintiendo o fingiendo una acción. Cabalmente es su privilegio. No hay, por tanto, dentro de ella eso que la gente tan comunmente cree. Que se reduce, cual espejo, a describirnos las experiencias, las observaciones y el universo del autor. Y todavía resulta perentorio agregar otra aclaración: la realidad intrahumana, inmanente, digamos casera, con que podríamos denominar aquellas experiencias y observaciones constituye, **desde luego**, un ingrediente de la novela. Más lo que tiene allí de reales solo lo que tiene de soporte de la ficción. De otro modo nos sería en absoluto difícil entender la razón por la cual un ensayista reiteró que la novela para ser verdadera necesita decir “no” al mundo que la circunda.

Del párrafo anterior podemos extraer una conclusión fundamental, a saber: ni la nueva ni la vieja novela que inquiere por el destino del hombre —destino, azar y carácter, conforme a la fórmula canónica se basan, o mejor aún, reproducen historias fidedignas paso a paso, y ni siquiera recogen el croquis exacto de la vida de un hombre, o de una mujer. ¿Por qué? ¡Ah, eso ya lo debe tener adivinado el lector. Porque la novela dice “no” al mundo circundante. Y a mundo circundante se contrae la vida de Oscar Wilde, dentro del juego de días y noches, de horas y minutos. Sí: a un discurrir del almanaque, para él patético e inexorable en extremo; a ser un vaso de vida lleno a partes iguales de un licor de lágrimas y de risas. Violentado en extensa medida el libro de Stokes, o, lo que es igual, aprisionando la forma biográfica de Wilde, se le puede bosquejar en cinco o diez renglones y saber, en consecuencia, cómo fué —dado que no lo supieramos— aquella experiencia terrible de

su vida. Héla acá: Oscar Fingall O'Flahertie Wills Wilde, poeta y dramaturgo, nace en Dublín en el hogar de Lady Jane Francesca Egee y de Sir William Wilde. Realiza sus estudios en el Magdalen College de Oxford; allí, se convierte en uno de los defensores más entusiastas de las doctrinas estéticas de Ruskin, al paso que sigue, o imita, el preciosismo de Gautier. En 1882, viajó por Norteamérica, en donde sustenta diversas conferencias y representa algunas piezas teatrales. De vuelta a Londres, se casa con Constanza Lloyd y se dedica al periodismo como jefe de redacción de la revista femenina **Woman's World**; hace frecuentes visitas a París y se relaciona con Verlaine, Bourget, los Goncourt y otros. A causa de su vida irregular, especialmente en sus relaciones con Lord Alfred Douglas, el Marqués de Queensberry, padre de Douglas, el "querido Bosie", le acusa ante los tribunales del delito de homosexualidad, luego de haber fracasado el pleito que Wilde establece contra el Marqués por difamación. Es condenado a dos años de trabajos forzados, y sufre el rigor no sólo de la cárcel de Holloway, sino el de las Wandsworth y de Reeding. Quiso redimirse después en París y adopta el nombre de **Sebastian Melmoth**, "más todo fué en vano". Un 30 de noviembre, tal vez de vahos sombríos y de inviernos degollados, **escogió** su propia muerte. ¡"En un vaso —lee uno por ahí en cualquier página de **Más allá del Bien y del mal**, encontrándola un poco cursi—, sobre la repisa de la chimenea, había un lirio, marchito y amarillo, que se inclinaba lamentablemente"...!

Yo siempre he sentido un efecto deprimente con esta clase de biografías noveladas o no. Pues resulta que, aún en los casos de las vidas de los santos, son mucho más que fatales. Afortunadamente, la fatalidad arrastra pero no dirige: **fata ducunt, non trahunt**. Y así será siempre. Algo, entonces, se les ha olvidado —¡y qué algo!— allí porque no se puede hablar de lo que ocurre a un hombre ignorando cuanto sucede a su vera; como son los valores, las actitudes, los complejos emocionales, las pautas de conducta, las motivaciones y las creencias de su época. Esto es, descartando tan paladinamente a la naturaleza de la cultura y a la sociedad dentro de la cual se existe. La vida tiene, con efecto, dos caras, dos **climas** — si es que se me va a permitir esta referencia de origen geográfico, aunque, es obvio, mi intención se halla muy lejos de equipararlos con cualquier "factor geográfico". Por una de sus caras, la existencia humana se reduce a complejos emocionales, caracteres, a deseos, a experiencias y a realizaciones materiales y espirituales. Son los del ser humano como entidad biológica y psicológica. Pero por su otra cara, la vida del hombre comprende los sistemas familiares, las ceremonias, las costumbres, las creencias y ritos religiosos, los tabús sociales, las artesanías, las expresiones artísticas, los complejos económicos y los sistemas de autoridad y de prestigio. Se trata, nada menos, que de la organización y de la dinámica de la sociedad. Tan evidente, tan elemental es esta ambivalencia vital, que élla hace de la naturaleza del hombre una realidad variable, un quehacer cambiante. Un **drama**, según afirma Ortega. Bastaría fijarnos en ambas caras para que, de este modo, sepamos cuál es la razón para que existan —espiritualmente— unos hombres ásperos, áridos, desérticos, grávidos de energías ocultas; o para que otros sean, también espiritualmente, blandos, retocados, grasos, placenteros, satisfechos, voluptuosos, petulantes. O para que, con diferente grado de hombría, unos puedan sufrir y renunciar más que otros. Vida interior, vida exterior; estas dos maneras opuestas de existir palpitan así en todo ser de carne y hueso humanos.

Más es esto, volviendo casi a repetirlo, lo que olvidan aquellas biografías, y sobre todo lo que se olvidó en **Más allá del Bien y del Mal**. ¿No habrá en la vida de ese hombre —y bien me hago cargo de que planteándolo bordeo el ridículo mental—, jovial y buena unas veces, cínico y egoísta otras —un **bon vivant**—, un adarme de los gestos (5) de su tiempo, ni un segundo de influencias sociales, ni una gota de lo grave, de lo pueril, de lo irónico, de lo majestuoso, de lo rutinario y del empaque de solemnidad de la sociedad victoriana? ¿O es que, por el contrario, Wilde, “el esteta de los girasoles y de los lirios”, puede exclamarnos respecto de sus contemporáneos la confesión de Walter Scott, que tomó, a su vez, la Biblia: “Desnudo nací y desnudo moriré”. ¡Bendito el nombre del Señor”!? ¿Dónde quedan los vividores, los nobles, y los avaros, los petimetres, las cortesanas, los poetas, los periodistas, los arribistas, los “puritanos ardientes”, los perversos (6), los “desviados” que le rodearon? ¿Y dónde la atmosfera de Orford, el **Establecimiento** británico, incluyendo a las **Established Religions**, los **landlords** y los **landowners**, “la preponderancia británica”, los partidos de Peel y Russell, de Lord Melbourne, de Disraeli y de Gladstone? ¿Y el orgullo, la suficiencia y la fanfarronería, ¡oh viejo marrullero W. M. Thackeray!, de los snobs ingleses? ¿Dónde? ¿Dónde, en fin, los herederos de los peregrinos del **Mayflower**, sobrios, no obstante el **gin** y el **whisky**, en sus modales, sus gustos y sus palabras?

Es que la influencia de la sociedad logra afectar las simas más inaccesibles del alma humana. Merced a ello, hambre, sexo y agresión, por ejemplo, y que son impulsos permanentes del ser humano, o mejor todavía, “instintos” naturales de su biología y psicología, reciben de la sociedad su **impacto modelador**. Nótese que digo modelador. Como que sería erróneo suponer que sea negativo o positivo, **primariamente**. Y por eso me parece exagerado el parecer de los psicoanalistas: ellos sostienen, con un criterio inexorable, que dentro del orden social a los individuos nunca les está permitido satisfacer a plenitud sus fuertes deseos de origen biológico. Por mi parte, me atrevo a pensar, frente a tan patético pensamiento, que existe una especie de gradación o escala de antagonismos (7) en todo pueblo, donde, con diferente medida y densidad, confluyen las vigencias o usos colectivos y los instintos individuales. El hombre se encuentra, pues, en medio de una situación que podría denominarse “ecuación de la vida”, deósmosis y endósmosis constantes, cuyo ir y venir permite que en cada persona viva un rebelde antisocial o un conformista social —ora consciente, ora inconscientemente. Ahora bien; abandonando por no venir a cuento en el caso de Wilde la pasividad del hombre en sociedad, detengámonos en la rebeldía. Lo primero que de ella cabe afirmar es que no sólo cambia en relación con la persona rebelde, sino con la época. Una cosa sería atentar, *vr. gr.*, contra el pudor público con X costumbre (8) en nuestro tiempo, y otra con la misma en el de la reina Victoria (9). Y aquí, en esta rebeldía circunscrita a un tiempo-hombre-sociedad, encontramos lo esencial respecto a la biografía rigurosa del comediógrafo de Dublín. O sea que ésta será correcta sí, imbrincada con su alegría, su esperanza, su tristeza, su melancolía, su ambición, su inteligencia y voluntad, y, claro está, con su sensibilidad enfermiza de quien sólo se preocupó por la belleza, escoltado por un juego rutilante de paradojas y epigramas, será correcta, digo, si se le sitúa a contrapelo en la sociedad victoriana. E interesa, sobre todo, colocar dentro de esta perspectiva su túnica de Neso —¡esa imposible de arrancar si no es con la misma vida!—, porque al hacerlo compa-

recer, reo en **de orotiska minorite terna**, ante el Old Bailey, subraya la singularidad moral de su tiempo y al revés: el proceso que se hizo, ante todo, a un **rebelde**.

“En Inglaterra —sentenció este príncipe sin Principado: según lo hubiera visto Maquiavelo— un hombre que no puede hablar de moral dos veces por semana ante un gran auditorio popular e inmoral, está casi tan perdido como un político en serio”. ¡Cuántas cosas ocultas de la sociedad victoriana nos ofrece a quemarropa esta reflexión de Wilde! ¿O es que, por mala ventura, se le puede reducir a un mero retrucano de quien igualmente escribió: “el cinismo es simplemente el arte de ver las cosas como son en lugar de verlas como debieran ser”? Apenas haré notar que la moral victoriana agravó la agresividad individual —**laisser faire, laisser passer**— y anafatizó la restricción sexual. ¿Por qué, si no, Max Weber aseveró que dicha sociedad del siglo XIX y principios del XX fué el resultado histórico de fuerzas de carácter ideológico, originadas en la Reforma Protestante, y de las subsiguientes transformaciones en el orden económico? Por esto, el individualismo económico, el deseo de prosperar en la vida, el egoísmo, el control sexual y el ascetismo religioso caracterizaron aquel mundo. En una palabra: el determinismo estricto. Y, de este modo, lo que se presentaba como dependiendo de la biología, del instinto, de lo inmutable, se fundamentaba, en verdad, en la “era” a la cual dió su nombre la reina nieta de Jorge III. En ese recinto, que se retraía progresivamente de todo pecado, pero de modo especial de la sexualidad, su interés se agudizó **lógicamente** en esa dirección. Lo cual supuso, con la divinización de las funciones de la reproducción en un misticismo insensato, la voluntad de hacer de la sociedad un conglomerado excepcionalmente casto, puritano y angélico. ¡Puritanismo! ¡Agresión! La moral entonces deja en absoluto de serlo: se desdobra, se achata en prejuicios, y esto quiere decir, por lo pronto, que a la mujer se le considera un “hombre frustrado”. Y entonces, a Oscar Wilde se le convertirá, **más allá de su pecado**, en una vergüenza dolorosa y en una irrisión.

Evidentemente. El siglo XIX exhibió a Wilde en la picota del Old Baily tomando como pretexto un delito. Fuese el que fuese, y aún sin él. “El último conocido mío —escribió Bernard Shaw— procesado por esto sufrió cinco horas de reclusión en lugar de los dos años que cumplió Wilde, y el caso no apareció siquiera en la prensa”. debido a ello es preciso decir que ese delito resulta tan deshonoroso como superfluo. Es, en resolución, la rebeldía cuanto excitó a la conciencia victoriana, según este desenvolvimiento inexorable: **encantó, atrajo** y al final, **irritó**. Nada más; y tampoco nada menos. Pero, ¿Cómo era, se me dirá, esa rebeldía? Váyase a sus obras y se la encontrará todavía intacta. E igualmente, aunque con antelación, a su “orgullo”: a su teatro fuera del teatro. Ahora me urge no explicar cómo era, sino describir la figura anímica que ella hizo de Wilde. En primer lugar, esa rebeldía nos plantea el conflicto entre lo que **se es** y lo que **se parece ser**. Hubo en este **héroe problemático**, si no me equivoco, el predominio de una ética irracional que le llevó a negar los axiomas de su sociedad. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, ofrece la unión indisoluble de la hilaridad y la adversidad, de la ironía y la tragedia. ¡Por algo vivió representándose a sí mismo, aparentando ser el esteta —y lo era, desde luego— del “clavel verde”! Y, a la postre, teniendo de sí, entre el ensueño y la realidad, una idea absurda. Postizo y genuino, figurado y existente terminó desdoblado su yo en **máscaras**. Al punto

de que si algo llega hasta nuestro tiempo del "proceso nefando" habrá que buscarlo exclusivamente en esto: allí Wilde terminó demostrando que su individualidad no podía ser una unidad, por el hecho de haber estado siempre forzada a repartirse entre lo que realmente fué y lo que, con tanto denuedo, aparentó ser. Mas si esta averiguación mía tiene alguna perspicacia, ¿por qué no reconocer en él, tan clandestinamente esotérico, a un **antihéroe** que desconoció la frontera que separaba su vida irónica de su vida trágica? Así, Wilde —¿cómo cualquier **antihéroe** de Beckett o de Urmuz!— existió **más acá del Bien y del Mal**.

NOTAS

(1) Doy a esta expresión el sentido que le confiere Lukacs: la novela, según él, es la historia de una búsqueda **degradada**, o **demoniaca**, en un mundo igualmente degradado. Pero en un nivel más elevado y de manera diferente.

(2) Se me argüirá que a los países subdesarrollados económicamente, es decir, de turbio en turbio, no se les puede alumbrar la sesera con esta idea. "Mamola", solía decir uno de los políticos colombianos menos **idiotas**, o sea menos entregados a los intereses privados. Sí: **mamola**. Porque hasta Grecia figura, siguiendo este concepto de países pobres, en los catálogos de las gentes venidas a menos. Por ejemplo: en los **Statistical Yearbook**.

(3) Bernhard Bavink, **Science and Gol**.

(4) Hasta en las de Henry Miller... Pues por debajo - ¿quién lo diría?- de su desesperado panteísmo, de su deseo de unir el "átomo-hombre" con el universo, de su introducir el instinto sexual y el hambre, se rebelan esas preguntas.

(5) ¿Debo recordar que Wilde estuvo en Oxford? "Las dos fechas más importantes de mi vida —confesó— son aquella en que mi padre me envió a Oxford y aquella en que la sociedad me envió a la cárcel".

(6) Me refiero a los que están al borde de la patología. Son los que hinchán el **yo mismo**, en el vocabulario de Jung.

(7) El cual tiene un punto máximo de armonía, que acuerda contrarios. Incluso deliberadamente. La antropóloga Margaret Mead cuenta, y para no referirme al hasta por los eunucos mentado "control de la natalidad", haber descubierto una tribu en el Asia, cuya comunidad tiene que ejercer fuerte presión para que los hombres decidan casarse.

(8) La idea de la "mujer honesta" se cifraba hace unos cuarenta años en llevar la falda a la espinilla. Hoy, ¿a qué altura de su anatomía podemos situar dicha idea?

(9) "La inmoralidad deriva del lugar y no del hecho" (Francisco Carrara).